



La historia como forma de resistencia

ELÍAS PALTÍ (UNQ/UBA/CONICET)
9 DE JULIO DE 2025

¿Para qué sirve la historia? Una pregunta difícil. Viene ya cargada, además, con un supuesto implícito. Lo que se lee por detrás de ella es ¿para qué el estudio del pasado nos sirve al presente? Dicho de otra forma, ¿la práctica historiográfica tiene realmente alguna utilidad o se trata de una mera vocación de anticuario? Apelar al lugar común de que el conocimiento del pasado resulta necesario para evitar cometer los mismos errores, etc., sería la opción más sencilla, pero también la menos productiva. Ayuda poco o nada a reflexionar acerca de las complejas relaciones entre pasado y presente.

Sería también la opción menos convincente para los historiadores profesionales recelosos de aquellas perspectivas que tienden a proyectar sin más sobre el pasado nuestras propias

preocupaciones presentes, tratando de encontrar en él respuestas que nos resulten aún válidas. Esto, se piensa, supondría el borramiento mismo de la historia. La práctica histórica podría definirse, precisamente, como el arte de establecer distinciones. No sería un buen historiador quien no pudiese discernir, por ejemplo, el siglo XVII del siglo XXI, o pensase que las soluciones practicadas entonces podrían replicarse en un contexto ya muy distinto como el actual; en fin, como si el tiempo transcurrido desde entonces fuera algo indiferente, algo que pudiese llanamente desdeñarse.

Lo que cabría plantearse aquí es ¿por qué, por ejemplo, la expresión de “el arte por el arte” pudo legitimarse socialmente pero no la del “conocimiento histórico por el conocimiento histórico”? ¿por qué el simple afán de saber está tan desacreditado en este campo? Sabemos, por otro lado, de la imposibilidad de trasladarnos al pasado, que nuestras visiones del mismo se encuentran siempre condicionadas por el lugar desde donde lo miramos. Aun así, me resisto a aceptar que la escritura histórica sea un mero reflejo narcisista de nosotros mismos. Más precisamente en mi rol de historiador intelectual, el interrogante que nos atormenta a quienes trabajamos en este campo de estudios es: ¿hasta qué punto podemos realmente acceder a las ideas de quienes nos precedieron sin confundirlas con las nuestras? Una pregunta opuesta a la anterior pero no menos difícil de responder.

Debo confesar, sin embargo, que tampoco pude resistir a la tentación (o quizás al chantaje) de tratar de justificar mi labor como historiador intelectual en función de sus posibles repercusiones presentes. Mi respuesta ante tamaño desafío pasa por el intento de unir ambos interrogantes: es precisamente la capacidad de acceder a ideas y universos conceptuales muy distintos a los nuestros, evitando confundirlos, lo que nos permitiría cobrar conciencia respecto de la relatividad de nuestros propios valores, formas de vida y de pensamiento presentes, esto es, desnudar la radical contingencia de sus fundamentos, desnaturalizarlos. Esto sería, pues, para lo que la historia serviría.

Sé también que es esto lo que despertaba el resquemor de Nietzsche, lo que percibía como el mayor peligro del historicismo. Como decía en *Uso y abuso de la historia*, todo organismo solo puede aceptar la dosis de historia que pueda resultar asimilable a su metabolismo, más allá de lo cual se vuelve mórbido. Y quizás tenga razón. Hay

algo morboso en esta impenitente vocación por minar nuestras certezas más arraigadas, aquellas sobre las cuales descansa nuestra existencia colectiva. O quizás no. Quizás lo morboso radique, por el contrario, en aferrarse sin reflexión alguna a aquellos supuestos vitales que hacen a nuestra condición actual. No tengo una respuesta que se encuentre libre de objeciones. Solo una inclinación natural a resistir esta última opción es lo que mueve mi interés por la historia, solo a ella obedezco. Sé, en fin, que no es una respuesta al interrogante que nos convoca, solo una forma posible de pararse frente a ella.